



Llevarle juguetes, guirnaldas, flores, fotos y pequeñas imágenes religiosas es lo que la gente de la zona viene haciendo desde hace casi cien años.

SANTUARIO DEL MARUCHITO | RÍO NEGRO

# ESTEPA MILAGROSA

La Patagonia no sólo es mágica y misteriosa. También cuenta con sus ritos populares. El que sucede desde hace casi cien años en el Santuario del Maruchito es uno de ellos. Recuerdo eterno para Pedrito Farías, aquel pibe de 11 años.

Dicen que *el que busca encuentra*. En este caso particular, nunca esto fue más verdadero. La provincia de Río Negro, a veces, parece ser inmensa. No tanto por la extensión sino por las grandes distancias -físicas, sociales y emocionales- que separan a sus partes entre sí. En un lado el mar, en el otro la cordillera y los lagos. Por aquí ciudades que crecen a un ritmo galopante, pero diseminados por aquí y allá, numerosos parajes, cada vez más olvidados y postergados. El valle, con su incansable actividad y producción parece no compartir la misma organización geográfica ni política que la meseta y la estepa, con su perpetuo letargo en la vida y en el ritmo. Y era allí, en el medio de la estepa, entre el Paraje Aguada Guzmán y el Cerro Policía donde me dijo al pasar un estudiante, durante una clase, que estaba el Santuario del Maruchito. ¿De quién? “*Del Maruchito de Río Negro*” volvió a repetir Luis. Nunca lo había oído nombrar ni estaba enterada de su historia. Esto fue hace varios años y desde ese momento leí la poca información existente que pude conseguir y me propuse que también yo iba a ir a llevarle un juguete a su pequeña tumba, lugar que sólo encontré después de años de espera e infructuosos intentos.

Llevarle juguetes, guirnaldas, flores, fotos y pequeñas imágenes religiosas es lo que la gente de la zona viene haciendo desde hace casi cien años, en especial los días 22 de octubre en que se cree aconteció la tragedia que terminó con la vida de **Pedrito Farías**, marucho de

unos 11 años de la tropa de carreros del patrón **Onofre Parada**. Si bien hay distintas versiones sobre lo ocurrido, hoy se puede afirmar con bastante certeza que el hecho se ubica en el año 1919 en la época en que las carretas que llevaban la mercadería desde Neuquén o Roca a Ingeniero Jacobacci, por la que hoy es, en parte, la Ruta Provincial 74, utilizaban los servicios de niños, en general huérfanos o de familias muy pobres, que a cambio de comida ayudaban con los caballos, el fuego, el mate y la preparación del campamento. Hoy a esto lo catalogaríamos, claramente, bajo la figura de explotación infantil, pero tuvimos que transitar mucho como sociedad para hacer ese aprendizaje. El relato del asesinato del maruchito en manos del cuchillo de su patrón, **Onofre Parada**, por haber tocado la guitarra durante la noche, circuló principalmente de boca en boca a lo largo de la provincia y aparece relatada en el libro *La Patagonia tiene luces: leyendas y creencias patagónicas* (2004) de **J.R. Rithner** y **A.M. Menni**. Éste es uno de los pocos -sino el único- libro que relata las distintas variantes y versiones de los hechos. Como así también la progresiva santificación popular del niño, las etapas de la consolidación de la creencia, los milagros que se



POR ÁNGELES SMART  
FOTOS SARA VEREERTBRUGGHEN



le atribuyen y la historia de los distintos mausoleos que se fueron erigiendo a la vera del camino.

Desde que conocí su historia quise ir a hacerle una visita al Maruchito. Participé mi entusiasmo a todo aquel que me quiso oír pero fueron pocos los que entendían el atractivo de la aventura. Tampoco fue fácil encontrar el camino, ya que muchos me sugerían ir desde Bariloche a Cipolletti o por lo menos hasta El Chocón y desde ahí volver a bajar por la ruta interior de ripio. Otra opción era tomar la Ruta 23 hasta Los Menucos y allí virar al Norte. Un empleado de vialidad, muy perdido, me indicó que la ruta salía enseguida después de Bajada Colorada, a unos 50 kilómetros de Piedra del Águila. Finalmente dos policías de Picún Leufú me dijeron que lo más directo desde Bariloche era entrar por la represa hidroeléctrica Pichi Picún Leufú, diez kilómetros al Norte de Piedra del Águila y desde ahí agarrar hasta Naupa Huen por los caminos vecinales de ripio y tomar continuamente hacia el Este hasta Aguada del Trapo y Aguada Guzmán. Ésta última está a unos 160 kilómetros desde la Ruta Nacional 237. Eso sí, me dijeron, mejor era ir con vehículo de doble tracción por el tipo de camino y por la cantidad de vados, piedra suelta y barro en la huella.

Así las cosas y las numerosas averiguaciones, una cantidad considerable de entradas al Google Map, algunas compañías que finalmente se bajaron e intentos fallidos que me sirvieron para conocer la zona y el camino correcto, partimos un sábado junto con mi hija Sara en busca del santuario. Ella manejaba y yo bajaba a abrir y cerrar tranqueras, preguntar datos y comprobar en el mapa. Después cambiamos los roles mientras ella preparaba el mate y sacaba fotos a los caballos, ovejas, chivos, casas y pequeños cerros que atravesábamos. Pasado el mediodía, después de casi siete horas desde la salida de Bariloche llegamos, sin poder creerlo, al cartel vial verde que dice "El Marucho". El corazón nos latía a un ritmo galopante.

Entre las construcciones que hoy componen el precario santuario, destaca la que tiene forma de guitarra para las reuniones comunitarias y en especial la pequeña y humilde ermita donde se dice se encuentra la tumba, adornada con todo tipo de flores, guirnaldas y objetos. Al costado la tradicional carreta, unos fogones y una tapera para tomar mates. Algunos gatos, moscas y pájaros completan el decorado. Rodeado de sepas y silencio, el lugar lleno de colores, reminiscencias infantiles e inocencia, transmite la soledad y la tristeza que

tienen todas las historias donde ha primado el maltrato y la injusticia. Dejamos los juguetes, fotos y recuerdos de nuestros afectos entre las innumerables estampitas, autitos, guitarras, rosarios, ramos de plástico, botellas, virgencitas, manzanas, placas de agradecimiento y recordatorios que ya otros habían acercado. Leímos con atención algunas de las leyendas que cubren casi toda la entrada del lugar, respiramos su energía, caminamos por los alrededores y emprendimos la vuelta.

No siempre sabemos exactamente qué estamos buscando en lo que buscamos. Pero si es verdad que *el que busca encuentra*, vale la pena transitar la incertidumbre, porque sólo así lo que es verdaderamente novedoso puede aparecer. Ya que, en este recorrido, por detrás de la fachada de la necesidad de encontrar un lugar perdido en una inmensa y esquivada provincia, se sucedieron las inolvidables horas compartidas adentro de una camioneta. Haciendo común la búsqueda pero también la expectación y la esperanza. Viviendo la certeza de que los caminos comunican y que hasta en lo más cercano y cotidiano, como dijo una vez **Walter Benjamin**, puede darse la pequeña rendija desde donde asoma el milagro. ■